

4.4.- INQUIETUDES DEL UNIVERSITARIO EN RELACION CON LA DEFENSA NACIONAL

Excmo. Sr. Dr. D. Juan Díez Nicolás
Catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología

INTRODUCCION

No es tarea fácil la de abordar un tema como el que se me ha encargado, pues de todos es conocida la carencia casi absoluta de datos empíricos sobre un tema tan concreto como éste. Si ya sería difícil encontrar datos sobre la opinión del público en general en relación con la Defensa Nacional, más difícil aún resulta encontrar datos sobre las opiniones de los estudiantes universitarios al respecto.

Pero, a la dificultad del tema hay que añadir, en este caso, la dificultad del tiempo. En efecto, por razones que no viene ahora al caso explicar, fuí encargado de elaborar esta ponencia hace solo dos semanas, lo que me ha impedido, como hubiera sido mi deseo, bucear más en profundidad en los datos de encuesta que sobre la opinión pública española he ido acumulando desde hace veinte años.

No obstante, y puesto que no suelo detenerme ante las dificultades, he procurado enfrentarme con el reto para ofrecerles mi modesta contribución hacia tan importante tema. Quisiera por eso señalar, desde un principio, que en ocasiones he podido respaldar mis afirmaciones con datos, pero otras he tenido que respaldarlas acudiendo a mi memoria para sustituir dichos datos. Y, de todas las maneras, respecto a la mayor parte de las cuestiones, debo confesar que ni dispongo ni recuerdo datos empíricos que puedan ser relevantes para este tema, pero espero que los participantes en el coloquio puedan contribuir con sus intervenciones a llenar mis lagunas.

RELACIONES FAS-UNIVERSIDAD

Algunos pueden pensar que la idea de estrechar relaciones entre las FAS y la Universidad es una idea muy reciente. Sin embargo, existen precedentes a estas Jornadas, cuya segunda edición celebramos ahora, y aclaro que he tenido el honor de participar en ambas ediciones.

En efecto, sin pretender ahora hacer una investigación histórica sobre este tipo de relaciones, creo de justicia referirme al menos a tres antecedentes muy inmediatos.

En primer término, debe recordarse la existencia, hace ya veinte o más años, de tres cátedras libres para el tratamiento de temas militares y de Defensa Nacional: la cátedra Palafox en la Universidad de Zaragoza, la cátedra Alfonso el Magnánimo en la Universidad Central de Barcelona, y la cátedra Gelmírez en la Universidad de Santiago de Compostela. Las tres cátedras gozaron de gran prestigio, y por ellas pasaron prestigiosos representantes de las FAS y de la Universidad, pero hay que admitir que el eco despertado entre la masa estudiantil universitaria fué probablemente inferior al deseado.

Otro intento notable ha sido el del propio CESEDEN y las Escuelas de los tres ejércitos, que han procurado fomentar al máximo la participación de universitarios en los diferentes cursos (generalmente de ascenso) para militares de alta graduación. Durante los últimos veinte años puede afirmarse que los centros citados han incorporado a civiles, gran parte de ellos profesores de Universidad a sus tareas docentes. Científicos, juristas, economistas, ingenieros, prestigiosos de la Universidad española han pasado por las aulas de ALEMI en el CESEDEN, o por las de la Escuela de Guerra Naval, la Escuela Superior del Aire, la Escuela Superior del Ejército o las del antiguo Estado Mayor. Incluso las ciencias sociales han ido incorporándose más recientemente a esas invitaciones, y puedo decir que no solo yo, sino otros compañeros en la enseñanza de sociología, hemos tenido el honor de ser invitados a todos esos centros desde hace ya casi diez años. Recuérdese que el propio CESEDEN fue concebido como lugar de encuentro entre civiles y militares, civiles que no sólo procedían de la Universidad sino también del alto funcionariado de la administración pública. Hasta el punto de que el puesto de Director adjunto del CESEDEN tenía que ser ocupado y era ocupado por un civil.

En cuanto al tercer intento, está relacionado con una de las tres partes que componen el CESEDEN, el Instituto de Estudios Estratégicos, cuyos cerca de veinte seminarios permanentes siempre han contado con la presencia de gran número de profesores universitarios de muy diversas ramas del saber. Pero es que, el IEEE abordó el tema de una forma aún más directa, promoviendo la creación de seminarios civiles-militares en las propias universidades. Así se constituyeron seminarios de esta naturaleza en las Universidades de Santiago, Sevilla y Zaragoza en 1971, en la Universidad Nacional de Educación a Distancia en 1974, y en la Universidad de la Laguna en 1979. Estos seminarios, cuya composición incluía cinco o seis militares y un número algo mayor de profesores universitarios, incorporaba en ocasiones también a algunos estudiantes.

De estos seminarios quedan todavía, en su forma originaria, los de Santiago y la Laguna. Y el de la UNED, aunque extinguido como tal en 1978, se transformó en varias ocasiones, pero continuó siempre vivo ligado a algún organismo de la administración pública. No intentaré evaluar la utilidad o eficacia de estos seminarios, puesto que me correspondió la satisfacción de crear precisamente el de la UNED. Pero sí quiero decir, basándome en la experiencia de ese seminario, que su creación fué acogida al principio con cierto recelo por parte del profesorado universitario y, por el contrario, con gran apertura por parte del sector militar. Bien es verdad que, al poco tiempo, los profesores se habían acostumbrado a ver uniformes por los pasillos y en la sala de juntas, y finalmente la curiosidad, el interés y el deseo de conocerse y estrechar lazos, fueron más poderosos que esos recelos iniciales, vencidos al poco de iniciarse las reuniones. En ese seminario, que insisto, se creó durante el régimen anterior, participaron profesores de muy distinta ideología política, y, aunque no es este el momento para extenderme sobre el tema, creo poder afirmar que sus estudios y

recomendaciones influyeron en no pocas decisiones adoptadas luego durante los primeros momentos de la transición, y no sólo en el ámbito educativo. El inicio de una colección de cassettes, con conferencias grabadas por prestigiosos representantes de las FAS y de la Universidad española, bajo el título de "Aula de Defensa Nacional", es posiblemente uno de los productos materiales y tangibles que han quedado de aquel seminario.

Sin embargo, no podemos dejarnos llevar por la autosatisfacción. La realidad, dura realidad, es que, a pesar de los tres intentos señalados y otros que seguramente han existido pero que desconozco, las Fuerzas Armadas y la Universidad, como instituciones, se han ignorado básicamente durante los últimos decenios (y posiblemente desde hace mucho más tiempo).

Las FAS, en general, han recelado de la Universidad globalmente considerada y de muchos universitarios en particular, por estimar que los "intelectuales" no eran muy de fiar desde el punto de vista ideológico, por creer que había demasiadas ideas disolventes y poco respetuosas con los símbolos e instituciones nacionales, ideas incluso revolucionarias, que atentaban a veces contra la propia seguridad nacional.

Pero la idea que la Universidad tenía de las FAS no era más positiva. La habitual desconfianza del universitario, del intelectual, respecto al poder, y sobre todo respecto a los poderes que se ha venido en denominar "fácticos", fué probablemente una consecuencia lógica del percibido protagonismo excesivo que las FAS tenían en aquel régimen. Lo cierto es que, como luego se pudo comprobar, gran parte de estos recelos mutuos tenían una causa común: la carencia de relaciones y conocimiento mutuo entre universitarios y militares, que provocaba una ignorancia de cada uno de esos dos subsistemas sobre el otro.

LOS UNIVERSITARIOS Y SUS APTITUDES HACIA LA GUERRA Y LA PAZ.

Cuando se habla de los universitarios hay que tener siempre en cuenta que se trata de un grupo social no sólo con mayor nivel de instrucción, sino con una edad también muy específica. Estas dos dimensiones, junto con la de pertenecer generalmente a clases o estratos sociales más bien medios o altos, probablemente explica sus actitudes generales hacia cuestiones como la guerra y la paz, o la defensa militar, o los militares en general, que naturalmente difieren bastante de los de la opinión pública en su conjunto.

La actitud general de los universitarios hacia la guerra y la paz se aproxima más, por supuesto, al polo pacifista de ese continuo. La opinión pública española, como la mundial, es más pacifista que belicista, pero esta actitud es aún más pronunciada en el caso de los jóvenes y de los universitarios.

Sería difícil determinar, sin embargo, si el pacifismo español es consecuencia de la no beligerancia de España en las dos Guerras Mundiales, si es consecuencia de los desagradables recuerdos de nuestra propia guerra civil, o si es consecuencia del rechazo general de la opinión pública occidental hacia cualquier forma de violencia.

Hace unos años, a finales de los 60, una encuesta realizada en España y muchos otros países sobre las Imágenes del Mundo en el año 2000, demostraba ya esa tendencia hacia el pacifismo. Así, cuando se preguntaba que es lo mejor que podría ocurrir en el año 2000, la mayoría de la población contestaba que la paz; pero la proporción que daba esta respuesta era mayor entre los que tenían estudios universitarios y aquellos que eran

estudiantes. Lo peor que podía ocurrir era la guerra, más violencia, la exterminación, la guerra nuclear.

El pesimismo de universitarios y estudiantes respecto a las posibilidades de que el conocimiento científico hiciese posible en el año 2000 la desaparición de las guerras era desde luego mayor que el de la población en su conjunto, aunque en ambos casos, como era de esperar, el deseo de que ésto sucediera fuese casi unánime.

No obstante, el mayor pesimismo de universitarios y estudiantes se manifestaba otra vez en el sentido de creer, en mayor proporción que el resto de la población, que el armamento y las posibilidades de guerra mundial aumentarían en el futuro.

Sin embargo, en caso de una III Guerra Mundial, universitarios y estudiantes creen en menor proporción que el resto de la población, en la destrucción total de España, pero sí creen que se producirían, en mayor proporción que la población, pérdidas irreparables y pérdidas importantes aunque no fuesen irreparables. Pero además, y aunque la proporción de la población total que no creía en la posibilidad de que España fuese neutral en tal evento era doble a la de quienes sí tenían esa esperanza, los universitarios y estudiantes se mostraban una vez más con mayor pesimismo: en efecto, la proporción de quienes no consideraban posible esa neutralidad era triple a la de quienes sí creían en ella.

Curiosamente, mientras la población en general creía que el desencadenamiento de una III Guerra Mundial se produciría más probablemente porque una gran potencia atacase a otra, universitarios y estudiantes creían más en la posibilidad de que se produjese por extensión de un gran conflicto inicialmente limitado. La fe de los universitarios y estudiantes en la capacidad del hombre para aprender a evitar las guerras es no sólo grande (tres de cada cuatro opinaban así), sino mayor que la del resto de la población.

Pero la cuestión que, a los efectos de esta exposición considero más importante es la de si se puede imaginar algún valor, meta o ideal que justifique una guerra, sea sin armas nucleares o con ellas. La opinión pública en general es contundente: un 48% y un 62% opina que no para cada uno de esos supuestos; un 16% y un 6% que sí, un 5% y un 1% que quizás, y un 31% no opina en ambos casos. Se rechaza pues inequívocamente que pueda existir algún valor, meta o ideal que justifique una guerra, pero se rechaza aún más en el supuesto de utilización de las armas nucleares.

Sorprende, sin embargo, que entre los universitarios y estudiantes, aunque la tendencia sea la misma, aumente considerablemente la proporción de quienes consideraban que podría existir algún justificante para la guerra. En efecto, un 28% de universitarios y un 28% de estudiantes creían que sí había razones que pudieran justificar una guerra sin armas nucleares, y un 9% y un 11% incluso con armas nucleares; las proporciones que no encontraban justificable una guerra era del 53% y 50% en el primer supuesto, y de un 74% y un 70% en el segundo. Es decir, el rechazo de justificantes para una guerra con armas nucleares es igual o incluso mayor que en la población en general, pero en el supuesto de guerra no nuclear, aunque predomina la opinión de quienes no encuentran ningún justificante, sorprende el incremento relativo de quienes sí encuentran algún justificante.

Si se examinan en detalle cuales son esos valores, metas o ideales que podrían justificar una guerra sin armamento nuclear, encontramos que, fundamentalmente, se trata de "mantener la independencia, salvaguardar la libertad o la democracia, impedir la dictadura, o por autodefensa".

Parece, pues, que una cierta idea de Defensa Nacional estaba implícita en esas respuestas, cuestión que adquiere mayor importancia cuando se tiene en cuenta que se trataba de una pregunta abierta.

Desde los años 60 hasta el presente las actividades pacifistas han crecido aún más. El impacto del resultado de la guerra del Vietnam, el creciente rechazo de la violencia, el temor a los desastres de una guerra, parecen haber arraigado aún más entre los jóvenes, y especialmente entre los universitarios. Diversos estudios han puesto de manifiesto la escasa voluntad que probablemente se encontraría para defender por la fuerza Ceuta y Melilla, o para conseguir por la fuerza la devolución de Gibraltar.

Debemos posiblemente reconocer que el temor a la guerra ha calado muy profundamente en la opinión pública, y que la idea que se tiene del concepto de Defensa Nacional probablemente se identifica más con otras acciones (políticas, económicas) que con las estrictamente militares. Lo cual no significa, por supuesto, que confrontada la población con una situación de hecho no fuera a reaccionar más positivamente hacia la necesidad de colaborar en la defensa.

Relacionado con este tema está el de la pertenencia o no a alianzas militares supranacionales. Alrededor de la mitad de los entrevistados en la encuesta ya citada opinan que el resultado inmediato de un desarme general y completo sería el de que se lograría la paz en el mundo, habría menos probabilidades de guerra y el mundo estaría más unido. En este aspecto apenas si hay diferencias entre universitarios o estudiantes y la población en general.

Pero, sin embargo, la mayoría de la gente se mostraba indecisa respecto a si la retirada de las naciones de las alianzas militares contribuirían o no a la paz mundial. Mientras que casi la mitad del total se mostraba indecisa ante esa alternativa, una cuarta parte afirmaba que, en efecto, sería una forma de lograr la paz, pero otra cuarta parte se mostraba claramente en desacuerdo. Esta distribución tan simétrica posiblemente indicaba la falta de una opinión muy firme sobre ese tema. De igual forma, universitarios y estudiantes se encontraban repartidos en tres tercios más o menos iguales, con cierta tendencia a mostrarse en desacuerdo con la proposición, lo que igualmente, puede interpretarse como una falta de opinión clara.

Por el contrario, más de la mitad de los entrevistados creían que una forma de conseguir la paz es, que cada país mantuviese su propio ejército, proporción que, aún siendo mayoritaria, era menor del 50% en el caso de universitarios y estudiantes. Muy parecidas fueron las respuestas a las preguntas de si la creación de un ejército internacional fuerte podría servir para conseguir la paz.

En resumen, respecto al tema de las alianzas militares, los universitarios y estudiantes no parecían en aquellas fechas diferenciarse mucho de la población en general, y todo parece indicar que lo que existía era un gran desconocimiento o falta de preocupación por la cuestión en sí, lo que provocaba una falta de opinión.

Diversas encuestas posteriores relativas al ingreso de España en la OTAN han puesto de relieve ese desconocimiento y falta de opinión generalizada. Incluso cuando el debate reciente sobre el ingreso de España en la OTAN la mayor parte de la población no tenía opinión, y los que sí la tenían se dividían más o menos a partes iguales entre los que estaban a favor y los que estaban en contra. Naturalmente, es también preciso señalar que los jóvenes, los universitarios, los estudiantes tenían una opinión más formada, y que esta opinión era más bien desfavorable que favorable a la entrada en la organización.

Debe advertirse, por otra parte, que la opinión desfavorable a la entrada de España en la OTAN, es un reflejo del rechazo general de alianzas militares, y por consiguiente se trata de un rechazo de la OTAN y del Pacto de Varsovia, probablemente bajo la creencia de que la eliminación de las alianzas militares reducirá la carrera de armamento y las posibilidades de un conflicto internacional.

LOS UNIVERSITARIOS Y LA PROFESION MILITAR.

Diversos estudios han puesto de relieve la existencia de ciertas incomprendimientos, desconfianzas o reticencias de los universitarios hacia los militares en general. El hecho, que no sólo es exclusivo de nuestro país, tiene que ver con los dos modos o estilos de pensamiento característicos de una y otra actividad profesional; el universitario tiende al discurso, a la duda metódica, a las matizaciones; el militar, por el contrario, y por exigencias de su actividad, da mayor prioridad a la disciplina, a la jerarquía. Es bien conocida la expresión castrense de que orden más contraorden igual a desorden. En la actividad intelectual, por el contrario, la duda, la contradicción, suelen ser moneda corriente.

Pero, además, aunque las desconfianzas mutuas entre universitarios y militares son corrientes en casi todos los países, hay que señalar que en el caso específico de España esta realidad estaba reforzada por el hecho de que se identificaba a las FAS con el régimen político, de forma que cualquier oposición al régimen implicaba, el rechazo, una oposición a las FAS también.

Uno de los grandes cambios que la transición política ha producido se refiere precisamente a esta cuestión. Y si en el caso de las FAS ese cambio ha sido visible, en el caso de las Fuerzas de Seguridad (Guardia Civil y Policía Nacional) el cambio ha sido mucho más notable. Pero, si eso ha sido cierto en el conjunto de la opinión pública, el cambio ha sido relativamente más visible en el caso de los universitarios y estudiantes.

Aún así, debido a la tradición anteriormente apuntada, todavía puede detectarse en las encuestas una cierta mala imagen de los militares entre los universitarios.

En una encuesta de hace un par de años se pedía a los entrevistados que valorasen la actuación de un total de diecisiete grupos sociales. Pues bien, en el total de la población la máxima valoración (7,1 sobre una escala de 0 a 10) se concedió a los obreros, seguidos de los jueces, médicos, policía, Guardia Civil, militares, cajas de ahorro, sindicatos, Iglesia, empresarios, periodistas, bancos, funcionarios, movimientos feministas, partidos políticos, grupos revolucionarios y grupos terroristas, (que sólo tuvieron una valoración de 1,3).

Entre los estudiantes las valoraciones fueron bastante distintas; la máxima fué también para los obreros (6,7), seguidos de médicos, periodistas, sindicatos, jueces, cajas de ahorro, policía, Guardia Civil, empresarios, movimientos feministas, militares, bancos, Iglesia, funcionarios, partidos políticos, grupos revolucionarios y grupos terroristas (1,4).

Al compararse estas dos valoraciones pueden decirse algunas conclusiones:

- a) Los estudiantes valoran a cada grupo más bajo que la población en general, aunque hay seis excepciones a la regla: valoran igual que la población total a los sindicatos y a los bancos y valoran más que la población total a los movimientos feministas, periodistas, grupos revolucionarios y grupos terroristas (aunque debe advertirse que en lo que respecta a estos dos grupos las valoraciones son de cualquier forma muy bajas, más bien bajas).

- b) Independientemente de la composición en cuanto a la valoración absoluta, la comparación entre los rangos de valoración de estudiantes y población en general muestra lo siguiente: los estudiantes colocan en mejor posición a los médicos, a las cajas de ahorro, a los sindicatos, a los empresarios, a los periodistas, y a los movimientos feministas, y en peor posición a los jueces, policía, Guardia Civil, militares, Iglesia y funcionarios. No creo que nadie se haya visto sorprendido al conocer estas diferentes valoraciones; responden a lo que cabría esperar, en base a lo que sabemos de la sociedad española.
- c) Es especialmente significativa la menor valoración de los militares por parte de los estudiantes. Mientras que la población total valora a los militares con un 5,7 y en el sexto lugar, los estudiantes lo valoran con un 4,7 y en decimoprimer lugar.

Pero, además, cuando se preguntó cuales eran las profesiones que gozaban de mayor prestigio social, el resultado es que los militares, que ocupan el tercer lugar (entre nueve) en la población total, detrás de médicos e ingenieros, pasan a ocupar el cuarto lugar entre los estudiantes (después también de los jueces), y el quinto lugar entre los universitarios (después de médicos, jueces, ingenieros y arquitectos).

En todo caso, el prestigio asignado a los militares es relativamente alto en cualquiera de los tres casos, pues aún considerando el grupo de universitarios, se concede más prestigio a los militares que a los abogados, empresarios, diputados y sacerdotes.

Un tercer indicador respecto a la imagen de los militares entre los universitarios es el que se refiere a si sobran o faltan profesional de distintos tipos. Los grupos ocupacionales comparados son los mismos nueve, y en general, la tendencia de las respuestas es la de que la proporción de entrevistados que afirman que faltan profesionales de alguno de esos grupos es bastante mayor que la proporción que dice que sobran. Pues bien, esto es cierto respecto a todos los grupos ocupacionales en opinión de la población total, pero para estudiantes y universitarios la proporción que opina que sobran militares es superior a la proporción que opina que faltan. Sólo respecto a los diputados existe una opinión similar entre los universitarios.

Pero cuando se trata de opinar sobre la retribución de los distintos profesionales, las opiniones son muy diferentes. Así, la población total opina que los nueve grupos profesionales comparados cobran demasiado, en mayor proporción que los que dicen que cobran lo necesario o poco; la única excepción son los sacerdotes. Y esto mismo se observa también entre los estudiantes. Pero entre los universitarios, la proporción que opina que cobran lo necesario o poco, es superior a la de quienes creen que cobran demasiado, cuando se trata de ingenieros, militares, sacerdotes, jueces y arquitectos.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

No voy a insistir sobre otros temas, como es el de la opinión de los universitarios, y los jóvenes en general, sobre el servicio militar obligatorio.

La realidad es que la información de que se dispone, además de la experiencia directa que muchos de nosotros tenemos del sector universitario y de las FAS, demuestra sin lugar a duda que subsiste en nuestra sociedad una imagen distorsionada y poco comprensiva de cada sector por parte del otro.

La separación en el periodo formativo de unos y otros jóvenes y la separación habitual entre las actividades profesionales de universitarios y militares, conduce casi por

necesidad a una situación de desconocimiento mutuo. Y es bien sabido que el desconocimiento suele producir desconfianza y recelo. Por ello, no resulta difícil de comprender que, para muchos universitarios, la Defensa Nacional sea equiparada a defensa militar y, por tanto competencia sólo de los militares. Tampoco es extraño que los universitarios equiparen fuerzas armadas a regímenes políticos poco democráticos. Afortunadamente, la experiencia positiva de los últimos años ha ido consolidando una nueva imagen de las FAS como principal garantía de la Constitución y la democracia, al servicio del poder político legítimamente constituido, y como institución del Estado neutral entre las diferentes opciones políticas concretas.

Precisamente ahora, y dadas estas nuevas circunstancias, es cuando se hace más necesario renovar y reforzar las pasadas experiencias de mayor contacto y relación entre las FAS y la Universidad. Estas II Jornadas son prueba evidente de que, por ambas partes, existe más voluntad de conocerse, de comprenderse, y de trabajar juntos.

Por ello, resulta casi innecesario insistir sobre la necesidad de crear un Instituto Universitario en el que se investigue, por civiles y militares, aquellas cuestiones que tienen que ver con la Defensa Nacional, las instituciones militares; y las relaciones entre civiles y militares. Un Instituto de esa naturaleza tiene que ser, por definición, interfacultativo. Pero espero que se me disculpe si, por razón de homogeneidad con otros países, por razones de contenido, y por razones metodológicas, me permito proponer a quienes hayan de adoptar la decisión correspondiente que dicho Instituto se establezca precisamente en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de ésta Universidad.